
Nada más que ilusiones

[Carmen de Carlos](#)

Bolivia Construcciones

Bruno Morales 202 páginas,
Editorial Sudamericana, Buenos Aires,
Argentina, 2006 (en español)

Rica entre pobres durante décadas, aún hoy Argentina se mantiene como la tierra prometida para muchos de sus vecinos. Las cíclicas hecatombes económicas –la última en 2001–, que han enterrado esperanzas, ilusiones y la sensación de un futuro mejor para sus habitantes, no provocan el mismo efecto en los países limítrofes.

Paraguayos, bolivianos, uruguayos y peruanos se miran en un espejo en el que no advierten la imagen distorsionada de una realidad inventada a golpe de sueños interrumpidos. En los tiempos que corren, en torno a un millón ha cruzado unas fronteras que con frecuencia les devuelven pesadillas similares o peores que las vividas en su tierra, y continúa el peregrinaje. Sobre esos caminos de ripio, en barrios de cloacas inexistentes y a merced de los *buitres* de igual pasaporte o de locales *avivados* (pícaros con pocos escrúpulos) transcurre la historia de *Bolivia Construcciones*. El libro gravita en torno a las *villas miseria* o guetos en los que vive la mayoría de estos hombres y mujeres que son explotados en fábricas textiles, curtidurías, industrias del calzado, asistencia doméstica, albañilería, pintura o chapuzas de cualquier oficio. La existencia *perruna* de dos bolivianos sirve de eje para retratar, con fidelidad mesurada –la realidad es más cruda–, el día a día de los nuevos parias de América del Sur en Argentina (el 60,3% de la población foránea, según el último censo).

La obra la firma Bruno Morales, aunque se trata del periodista Sergio Di Nucci. La novela, como el sueño de los suramericanos que todavía viajan convencidos de poder tocar el cielo con las manos y los pies en Argentina, ha resultado ser *trucha* (falsa), una mentira, una copia. Lo que, en rigor, se conoce como *plagio*, pese a contar con el folclórico respaldo de una veintena

de *intelectuales* y profesores de la Universidad de Buenos Aires (UBA) que dicen –y lo hacen por escrito– no apreciar pecado en el delito. Escrita la historia y hecha la trampa, en ella cayeron Carlos Fuentes, Tomás Eloy Martínez, Griselda Gambaro, Luis Chitarroni y Hugo Beccacece. Miembros del jurado del Premio de Novela La Nación-Sudamericana 2006, la habían elegido a principios de año como la mejor entre 244 originales. Di Nucci pensó que estaba dicha la última palabra. Se equivocó. Agustín Viola, un estudiante de 19 años, puso la lupa en el texto galardonado y su memoria recordó 30 páginas, forjadas en la fábrica literaria de Carmen Laforet en 1944 con *Nada*, premio Nadal un año más tarde. El joven, con ojos más abiertos que sus maestros de la UBA, descubrió que la estructura (literaria), los muros de contención (párrafos exactos) y los cimientos (escenas) que sostienen *Bolivia Construcciones* son obra y propiedad intelectual de la difunta escritora catalana.

Obligado por las evidencias, el jurado puso los puntos sobre las íes al plagio y le retiró la distinción a Di Nucci que, como alguno de sus personajes, se revolvió para conservar lo que creía suyo. “Quise mostrar a *Nada*, no la quise ocultar, lo cual hubiera sido muy fácil. Quise homenajearla, no cancelarla. Quise que tuviera más lectores y no menos”. Jamás mencionados en el texto ni la autora ni el título, el edificio de explicaciones del periodista, que pudo ser escritor, se derrumbó por su propio peso. El destino fatal de la novela –del cual no quiere ni oír hablar la editorial, que ha retirado la totalidad de los ejemplares– corre en paralelo con el de la mayoría de los *paraguas* (paraguayos), los *bolitas* (bolivianos) o los peruanos, que tratan de hacer patria en el exilio de la miseria. Pese a ello, algunos de estos colectivos se hacen un hueco con pasquines o publicaciones propias, emisoras de frecuencia modulada e incluso con un equipo de fútbol como el Deportivo Paraguay, que juega en ligas de segunda. Nostálgicos de su gastronomía, han ganado terreno en Buenos Aires con puestos ambulantes de alimentos autóctonos y *comederos* de los que los argentinos y el resto de extranjeros del Primer Mundo –39,7% de la población no nacional– huyen como del cólera.

La avalancha de suramericanos se hizo carne al morder el atractivo cebo de la convertibilidad que decretó, hasta enero de 2002, la equivalencia entre el dólar y el peso. Pero no fueron los únicos. Entre otras, las comunidades de Senegal, Sierra Leona o Nigeria, en su huida de la miseria y de los baños de sangre del África profunda, encontraron en la Argentina de los 90 un país en el que vivir, al menos, en paz.

Con estos antecedentes, en los últimos diez años el paisaje humano de Buenos Aires ha cambiado de color. Los *tonos* que poblaban las provincias se han extendido al corazón del país, y éste se ha enriquecido con rasgos nuevos. Hoy es moneda corriente la presencia de cobrizos, negros y orientales. Antaño lo era la de italianos, españoles, sirios y libaneses, entre otros. Los inmigrantes modernos, que no los expatriados –que también abundan–, tienen, como en *Bolivia Construcciones*, historias oscuras escritas sobre la piel, están curtidos de engaños, estafas y plagios, pero muchos siguen en Argentina. ¿Los motivos? Todos, o quizá tan sencillo como no tener nada.

Fecha de creación

8 junio, 2007